

Textos de Ortega sobre la vocación

Domingo Vallejo de la Parte
Profesor de Filosofía de I. E. S.

«**L**a vida se nos da, pero no se nos da hecha; el hombre tiene que hacerse la vida», repite Ortega a lo largo de toda su obra. Y es bien sabido el papel central que ocupa la vida en su filosofía. Por eso entender lo que piensa Ortega de la vocación, presupone entender el significado de la vida como «realidad radical», así como las categorías de la misma; en particular ese inexcusable «tener que hacerse la vida» cada uno.

La vida «da mucho que hacer» porque ella misma es un «quehacer». Cada uno tiene que hacerse-la (¿montársela? en jerga de nuestros adolescentes) en un doble quehacer: el quehacer de proyectársela, de inventársela —«la vida es creación»— y el quehacer de ejecutarla. De modo que en ese doble quehacer nos ocupamos día a día, acto a acto.

Hacemos lo que hacemos, la mayor parte de las veces, porque «se hace así», esto es, echamos mano del comportamiento habitual ya ensayado y vivido por los otros hombres. También esos comportamientos son formas de vida dadas para hacernos la vida, son, en singular, la cultura, el saber ya sabido, el «saber cómo se hacen las cosas». Del mismo modo cuando pensamos el quehacer

de la vida tomada en su totalidad vemos vidas ya hechas que nos sirven de referencia, son los oficios, las profesiones. Los oficios de padre, de profesor, de estudiante, de ciudadano, ¿de cristiano?, se nos aparecen como modelos de vida ya hecha, dada, celdillas prefabricadas en las que poder instalarse. Pero sólo podemos decir que los oficios son vocaciones si se han elegido libremente. «A veces la vocación del individuo coincide con las formas de vida, que se denominan según los oficios o pro-

fesiones. Hay individuos que, en efecto, son vitalmente pintores, políticos, negociantes, religiosos. Hay muchos, en cambio, que ejercen esas profesiones sin *serlas vitalmente*» (*Obras Completas*, II, 655).

Pero sólo nos aproximamos a entender qué sea la vocación cuando miramos la vida como «lo por hacer», como el quehacer que hay que inventar, de modo que la hagamos verdaderamente nuestra y la hagamos girar sobre el quicio de un yo personal.



Miguel Ángel Fernández

«El hombre —esto es, su alma, sus dotes, su carácter, su cuerpo— es la suma de aparatos *con* que se vive y equivale, por tanto, a un actor encargado de representar aquel personaje que es su auténtico yo. Y aquí surge lo más sorprendente del drama vital; el hombre posee un amplio margen de libertad con respecto a su yo o destino. Puede negarse a realizarlo, puede ser infiel a sí mismo. Entonces su vida carece de autenticidad. Si por vocación no se entendiese sólo, como es sólito, una forma genérica de la ocupación profesional y del *curriculum* civil, sino que significase un programa íntegro e individual de existencia, sería lo más claro decir que nuestro yo es nuestra vocación. Pues bien, podemos ser más o menos fieles a nuestra vocación y, consecuentemente, nuestra vida más o menos auténtica» (*O. C.*, IV, 401).

«...cada hombre entre sus varios seres posibles, encuentra siempre uno que es su auténtico ser. Y la voz que le llama a ese auténtico ser es lo que llamamos 'vocación'. Pero la mayor parte de los hombres se dedican a acallar y desoír esa voz de la vocación. Procura hacer ruido dentro de sí, ensordecerse, distraerse para no oír y estafarse a sí mismo sustituyendo su auténtico ser por una falsa trayectoria vital. En cambio, sólo se vive a sí mismo, sólo vive, de verdad, el que vive su vocación, el que coincide con su verdadero 'sí mismo'.

Ahora bien, este verdadero 'sí mismo' de cada cual, este programa de vida que es el vocacional comprende, claro está, todos los órdenes de la existencia, no se refiere sólo a la profesión u oficio que vamos a elegir. Se refiere, por ejemplo, al orden de nuestros pensamientos y opiniones. Cada uno de nosotros podrá tener las opiniones que quiera, pero sólo un cierto equipo de esas opiniones posibles constituye lo que él tiene

que pensar si quiere pensar según su vocación. Y si se empeña en adherir a otras opiniones, vivirá intelectualmente en falso consigo mismo» (*O. C.*, V, 138).

En los textos citados vemos como se equipara la fidelidad a la vocación con la vida auténtica; vocación y vida a las que todo hombre se ve llamado; así desembocamos en la etimología de la palabra. De modo que la auténtica vocación sería respuesta a una voz que sugiere, que propone, pero que no impone el quehacer vital como misión:

«Esta llamada que hacia un tipo de vida sentimos, esta voz o grito imperativo que asciende de nuestro más radical fondo, es la vocación.

En ella le es al hombre, no impuesto, pero sí propuesto, lo que tiene que hacer. Y la vida adquiere, por ello, el carácter de la realización de un imperativo. En nuestra mano está querer realizarlo o no, ser fieles o ser infieles a nuestra vocación. Pero ésta, es decir, lo que verdaderamente tenemos que hacer, no está en nuestra mano. Nos viene inexorablemente propuesto. He aquí por qué toda vida tiene misión. Misión es esto: la conciencia que cada hombre tiene de su más auténtico ser que está llamado a realizar. La idea de misión es, pues, un ingrediente constitutivo de la condición humana, y como antes decía: sin hombre no hay misión, podemos ahora añadir: sin misión no hay hombre.» (*O. C.*, V, 212).

Tras la escucha «de lo que a uno le va» y a lo que uno se siente llamado, la elección de la misión propuesta. Ahora podemos preguntarnos cómo hacer e inventar la vocación. Para hacerla, para llevarla a cabo hay que contar con las aptitudes con las que uno se encuentra y en cuyo ejercicio descubre las habilidades «de lo que le va a uno»; pero además, hay que contar con la circunstancia con la

que choca la vocación, esto es, el destino como encuentro de la vida personal con la historia y la cultura, pues también hay una «llamada del tiempo» a facilitar o entorpecer la vocación. Y por último, hay que contar con el azar; lo imprevisible que no podemos proyectar, pero con lo que «tenemos que contar».

«La vida deja de ser una serie de acontecimientos que se producen sin otro nexo que la sucesión, y nos aparece como un drama, es decir, como una tensión, un proceso dinámico cuyo desarrollo es perfectamente inteligible. El argumento del drama consiste en que el hombre se esfuerza y lucha por realizar, en el mundo que al nacer encuentra, el personaje imaginario que constituye su verdadero yo. La persona no es su cuerpo, no es su alma. Alma y cuerpo son sólo los mecanismos más próximos que halla junto a sí y con los cuales tiene que vivir, esto es, tiene que realizar cierta individual figura de humanidad, cierto peculiarísimo programa de vida. Este personaje ideal que cada uno de nosotros es se llama 'vocación'. Nuestra vocación choca con las circunstancias, que en parte la favorecen y en parte la dificultan. Vocación y circunstancia son, pues, dos magnitudes dadas que podemos definir con precisión y claramente entenderlas, una frente a la otra, en el sistema dinámico que forman. Pero en ese sistema inteligible interviene un factor irracional: el azar. De esta manera podemos reducir los componentes de toda vida humana a tres grandes factores: vocación, circunstancia y azar» (*O. C.*, VIII, 467-468).

Tengo que concluir diciendo que donde mejor se ve el pensamiento de Ortega sobre la vocación es en sus estudios sobre las vidas ya concluidas, sobre las biografías de Goethe (*O. C.*, IV), Goya (VII), Velázquez (VIII) y Vives (IX).